

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 513.

MURCIA 25 DE FEBRERO DE 1900

La Juventud Literaria

PALIQUE

Ya el Carnaval ha llegado,
autorizada patente
de placer desmesurado
que convierte en alineado
á una persona decente.

Y un año y otro lo mismo,
la misma infernal «jarana»
y descocado cinismo,
que nos muestra el paroxismo
de la estupidez humana.

Momo pierde los papeles
y es cada vez mas borrache;
dentro de poco sus fieles
saldrán de algunos burdeles
á darnos asco y empacho.

Dice el sensato deseo
«que el Carnaval ya no tiene
razon,» y yo así lo veo,
«que esto se vá...» ¡Ya lo creo!...
Se vá... hasta el año que viene.

El Carnaval oficial,
el que marca el calendario
como fiesta general,
sin duda alguna es un mal,
pero es un mal necesario.

Porque la gente que tiene
todo el año la careta
puesta, porque le conviene,
en estos dias obtiene
una libertad completa.

¿Quién no conoce algun ser
que tira de hombre el disfraz
que usa por buen parecer
y se viste de mujer
y hasta se empolba la faz?

¿Cuantos en un año entero
lo que no son aparentan,
toman su ser verdadero,
y esos dias es sincero
el papel que representan?

Ya estoy yo bien enterado,
y al decirlo no me escuro;
sé quien ha ido distrizado
todo el año de ilustrado
y ahora vá muy bien de burro.

Con quitarse el mascarón
y mostrarse al natural
los que viven de ocasion
fugiendo lo que no son...
ya tenemos Carnaval.

De esto se ha de colegir
que, aunque se empeñe el gobierno
y lo quiera suprimir,
si Dios nos deja vivir,

el Carnaval será eterno.

TITO LÍVIDO.



LA COMETA

Es el símbolo de la vida hu-
mana.

Todos la hacen para que su-
ba, para que se remonte sobre
las demás y llegue á donde nin-
guna alcanzó.

Dirigida más ó menos habil-
mente por las manos del que
quiere que suba representa al in-
dividuo, que guiado mas ó me-
nos sabiamente por sus padres y
maestros, no tiene otro deseo que
el de subir, llegar más pronto y
mas arriba que los demás; y así
como para conseguirlo, la come-
ta vá bien provista de tirantes y
de cola y no suele faltarle una
cuchilla para cortar si es preciso
las que tratan de oponerse á su
ascension, así el individuo pro-
cura proveerse de conocimientos
y méritos unas veces, y otras, las
mas, de recomendaciones y cam-
panillas, que hagan mucho rui-
do y que vienen á ser como los
flecós de que tambien se adorna
la cometa.

Y en todo semejantes el hom-
bre y la cometa cuanto mas su-
ben, cuanto mas se alejan de su
punto de partida, tanto mas tien-
den á remontarse, haciendo es-
fuerzos cada vez mayores para
apartarse de los que antes se en-
contraban á su altura.

Y sucede á la cometa que á
medida que se eleva sobre las
demás, aumenta la envidia de
estas y tratan de hacerla caer.

Ora se van aproximando á ella
lentamente para cruzar sus hilos,
no reparando en que al caer la
mas alta enredada, en su caída
arrastrará á las más bajas.

Otras veces los medios son
mas violentos. Siendo preciso
que caiga si no se la puede
arrastrar, se la corta y entonces
suelta, tambien cae.

Así, en la vida al que se eleva,
sin tener en cuenta si su eleva-
cion es legítima ó no, se apela á
toda clase de medios para que
caiga.

No importa que tenga méri-
tos; que por su virtud, que por su
ciencia, sea acreedor al lugar
que ocupa. La generalidad no
quiere que nadie brille; quiere
que todos se confundan en el in-
menso monton anónimo.

En la lucha de la vida al que
vá remóntándose se le rodea con-
stantemente de dificultades, se le
envuelve en una red de obstá-
culos en los que casi siempre se
enreda y cae.

Si no se consiguió la caída por
estos medios se apela á la calum-
nia, se comienza la difamacion
mas terrible. Si esta no dá resul-
tado en el orden social, se pene-
tra en el sagrado del hogar, que
como templo tres veces santo de-
biera ser lugar inviolable, y ya
que no el desprestigio social del
elevado, se consigne su despres-
tigio como hombre. Este es el ofi-
cio de la cuchilla. La envidia la
maneja.

A las veces sucede que el hom-
bre que supo ó consiguió elevar-
se, ya en la altura, el vértigo le
domina y le hace caer, destrozán-
dose en la caída, por la que

ya no vuelve á levantarse; así
como á veces la cometa cuando
mas encanada está, tanto mas
rápidamente cae quedando su
débil cuerpo maltrecho en los
alambres de alguna instalacion
eléctrica ó sobre el suelo, cual
otro Icaro, al que se le fundieron
las alas.

MOORE DA TIAA.



EL RAMO DE FLORES

(CUENTO)

I

Cuando las florecillas silves-
tres comenzaban á desprenderse
del aderezo de perlas con que las
habia engalanado la noche, Ma-
ruja y su anciano padre se aje-
jaban silenciosamente del pue-
blo.

La muchacha volvía de vez
en cuando hacia el lugar sus her-
mosos ojos azules medio, velados
por las lágrimas.

—Vaya, Maruja, no hay que
affigirse tanto, decia el tio San-
tiago; bien sabes que por ti sola
abandono este pueblo. En Ma-
drid dicen que nunca falta tra-
bajo y yo lucharé para conse-
guirlo, á fin de que nada te falte.

—¡Padre!

—Además, ¿por qué hemos de
sentir tanto el abandonar el pue-
blo, si desde que murió tu ma-
dre, que Dios haya en su gloria,
Ronqueral es ya para nosotros
un cementerio?

Maruja dió rienda suelta á sus

